

hicieran posible este socorro; y de esta suerte dejaba á la mala voluntad ó á la timidez el medio de eludir órdenes hartos poco formales, dadas por entre la vaguedad de las distancias y del tiempo ya transcurrido, pues cuando llegaban á distancia de quinientas leguas y con la fecha de dos meses, llevaban á menudo en sí mismas la dispensa de ser ejecutadas. Así este genio tan claro, tan exacto, tan vasto, se complacía en tales incertidumbres, siéndole antipáticas y todo, dando al traste con sus empresas, y de las cuales salía con arrebatos de ira contra sus generales, á quienes muchas veces en lo íntimo de su alma tenía por inocentes de aquello mismo de que les echaba la culpa.

Ahora que á los yerros del soberano se juntaban con frecuencia los de sus lugartenientes, ¿cómo extrañar que tuviera derechos para quejarse? Así Massena careció de firmeza y de asiento en el mando: cometió una falta en Busaco, pudiendo salvar la posición en vez de atacarla; otra falta en el Tajo, siendo hacedero que se trasladara á la otra orilla; no descubrió bastante pronto en Fuentes de Oñoro el verdadero punto de ataque: así el mariscal Ney imposibilitó el tomar posición junto al Mondego, después de contribuir á que la de Santarem fuera abandonada: así Drouet fué meticuloso y de más daño que provecho: así el mariscal Soult no supo desguarnecer á Granada en ventaja de Extremadura, y mostróse compañero de armas poco resuelto, no queriendo arrosar un peligro por ir en ayuda de Massena. ¡Mas qué milagro que varones insignes, buenos ciudadanos y animosos, aparecieran á veces apáticos, ó descuidados, ó desunidos, ó celosos! Con su alma tan grande, ¿no había visto Napoleón generarse todas estas cosas, los celos, el encono, la ira, la alteración del espíritu, el error? ¿Cómo había de sorprenderle que aquejaran á los demás estas miserias de corazón y entendimiento? Bien ciego, bien imprevisor, bien severo es quien no sabe adivinar estas debilidades y aun basamentar su conducta en la certidumbre de su existencia. Cuando una política no puede soportar las faltas de sus agentes sin venir por tierra, está completamente juzgada.

Si la gran cuestión europea, que era imprudente hasta lo sumo trasladar á España, bien que aun allí cupiera

en lo posible zanjarla, no quedó resuelta en 1810 y 1811, á pesar de inmensos recursos, hay que achacar la culpa, no al genio, sino á la política de Napoleón, que engendró sus yerros militares y los de sus agentes. Después de haber fracasado esta solución en España, pretendió buscarla en el Norte (lo cual dará asunto á los siguientes libros), y se verá qué solución encontró allí. Pero como á todas sus faltas añade el genio la de no quererlas reconocer de ninguna manera y achacárselas á otro, Napoleón atribuyóselas á Massena, y le quitó el mando, hiriendo con una especie de desgracia á este antiguo compañero de armas, que le había prestado tantos servicios, que algún día le debía hacer falta, y que en esta campaña, aunque sin ventura, había acreditado raras dotes de carácter y de talento, y no había sucumbido más que ante la fuerza de las cosas, contraria del todo á la empresa de que se le hizo instrumento pasivo.

Con el alma lacerada tornó á Francia este veterano, sintiendo eclipsada su gloria y viendo alejarse los viles aduladores de su fortuna, para ir á repetir dondequiera que estaba gastado, privado de energía y de consiguiente incapaz de mando. Napoleón, juez infalible cuando quería ser justo, en vez de ofenderle, hubiera debido mirarle con ternura, y en el destino de Massena leer el suyo, pues éste era la primera víctima de la fortuna y él debía ser la segunda, con la diferencia de que Massena no había merecido su suerte y Napoleón iba á merecer muy pronto la suya. Con efecto, Massena no era más que instrumento, é instrumento desaprobador de aquellos gigantescos designios que habían de atraer sobre el que los concebía tan terrible castigo de la fortuna, y Napoleón era verdadero autor de ellos, que, sin aprobarlos del todo, se dejaba arrastrar á impulsos de una complacencia fatal en sus propias pasiones. Añadamos, no obstante, que también Massena había merecido parte de este castigo, no por algunas ligeras faltas, sino por haber consentido en ejecutar lo que le hacía desaprobar su buen seso.

Pero tal es el inconveniente común del poder ilimitado y no contradicho: con la costumbre de la sumisión suprime hasta la idea de la resistencia aun en los espíritus más ilustrados y más firmes.

LIBRO CUADRAGÉSIMO PRIMERO

EL CONCILIO

Nacimiento del rey de Roma el 20 de marzo de 1811. — Aplazamiento de la ceremonia del bautizo para el mes de junio. — Diversas circunstancias que á la sazón entristecen á Francia y comprimen el vuelo del público alborozo. — Aumento de desconfianza respecto de Rusia, aceleración de los armamentos y rigor con que se hace la quinta. — Crisis mercantil é industrial producida por el exceso de fabricación y la complicación de las leyes de aduanas. — Numerosas quiebras en las industrias de hilados y tejidos de algodón, de paños, de sedas, de azúcar refinado, etc. — Auxilios que Napoleón proporciona al comercio y la industria. — Agréganse á estas causas de malestar los disturbios religiosos. — Esfuerzos del papa y de parte del clero para imposibilitar la administración provisional de las diócesis. — Intrigas cerca de los cabildos para impedirles conferir á los nuevos prelados la calidad de vicarios capitulares. — Breves del papa á los cabildos de París, de Florencia y de Asti. — Casualidad que hace descubrir estos breves. — Arresto de Mr. de Astros; expulsión violenta de Mr. de Portalis del Consejo de Estado. — Rigores contra el clero y sumisión de los cabildos recalcitrantes. — Viéndose Napoleón expuesto á los peligros de un cisma, proyecta la reunión de un concilio, del cual espera servirse para vencer la resistencia del papa. — Examen de las cuestiones á que da margen la reunión del concilio, y su convocatoria para el mes de junio y día del bautizo del rey de Roma. — Curso de los asuntos exteriores hasta la época del bautizo y del concilio. — Napoleón retira al duque de Cadore la cartera de Negocios extranjeros para dársela al duque de Basano. — Partida de Mr. de Lauristón para reemplazar á Mr. de Caulaincourt en San Petersburgo. — Lentitudes calculadas de su viaje. — Conferencias del emperador Alejandro con MM. de Caulaincourt y de Lauristón. — Sabiendo el emperador Alejandro que sus armamentos han ofuscado á Napoleón, explica el origen y extensión de ellos, y se empeña en probar que han seguido y no precedido á los de Francia. — Su deseo sincero de la paz, bien que con la resolución irrevocable de atenerse relativamente al bloqueo continental á las providencias ya adoptadas. — De las explicaciones del emperador Alejandro deduce Napoleón que la guerra es segura, aun cuando no antes de un año. — Consiguientemente se toma para sus armamentos más tiempo y les da mayores proporciones. — Lo prepara todo con el fin de emprender la guerra al asomar la primavera de 1812. — Miras y dirección de su diplomacia para con las diferentes potencias de Europa. — Estado de la corte de Viena después del matrimonio de Napoleón con María Luisa; política del emperador Francisco y de Mr. de Metternich. — Probabilidad de una alianza con Austria, sus condiciones, su grado de sinceridad. — Estado de la corte de Prusia. — El rey Federico Guillermo y Mr. de Hardenberg, sus inquietudes y su política. — Suecia y Dinamarca. — Celos de Dinamarca por cooperar al bloqueo continental. — Mala fe de Suecia. — Se aprovecha esta potencia de la paz concedida por Francia para constituirse en agente intermedio del comercio clandestino. — Establecimiento de Gothenburgo destinado á reemplazar al de Heligoland. — Dificultades relativas á la sucesión al trono. — Queda éste vacante de resultas de la muerte del príncipe real adoptado por el nuevo rey Carlos XIII. — Numerosos partidos en Suecia y sus diversas miras sobre la elección del sucesor al trono. — En su apuro se fijan de repente en el príncipe de Ponto-Corvo (mariscal Bernadotte), esperando granjearse el favor de Francia. — Ajeno Napoleón á la elección, permite que el príncipe de Ponto Corvo acepte. — No bien llegado el recién electo á Suecia, codicia la Noruega para lisonjear la ambición de sus nuevos súbditos y propone á Napoleón que le facilite su conquista. — Fiel Napoleón á Dinamarca rechaza la propuesta. — Disposiciones generales de Alemania en el momento en que parece prepararse una guerra general en el Norte. — Al par que Napoleón combina sus ejércitos y sus alianzas, se ocupa activamente en sus asuntos interiores. — Bautizo del rey de Roma. — Grandes fiestas con que se solemniza. — Preparativos del concilio. — Causas de preferirse un concilio nacional á un concilio general. — Cuestiones que le serán propuestas. — Resúmen de todas en una, la elección canónica de los obispos. — Antes de reunirse el concilio son enviados tres prelados á Savona para tantear la manera de entenderse con el papa y no hacer al concilio más proposiciones concertadas con la Santa Sede. — Estos prelados son el arzobispo de Tours y los obispos de Nantes y de Tréveris. — Su viaje á Savona. — Recibimiento que les hace el papa. — Pío VII presta un consentimiento indirecto al sistema propuesto para la institución canónica, y aplaza el arreglo general de los asuntos de la Iglesia para la época en que se le restituya la libertad y un consejo. — Vuelta de los tres prelados á París. — Reunión del concilio el 17 de junio. — Disposiciones de los diversos partidos que lo componen. — Ceremonial, discurso de apertura y juramento de fidelidad á la Santa Sede. — Apenas reunidos los prelados, les domina un sentimiento común de simpatía hacia los infortunios de Pío VII y de aversión secreta al despotismo de Napoleón. — Les contiene el miedo. — Primeras sesiones del concilio. — Proyecto de contestación al discurso imperial. — Dificultades de la redacción. — Se inflaman los espíritus durante la sesión en que se discute, y un prelado propone dirigirse á Saint Cloud en cuerpo y con el fin de solicitar la libertad del papa. — Ataja el presidente este movimiento suspendiendo la sesión. — Se adopta el proyecto de contestación después de muchas supresiones y Napoleón se niega á recibirlo. — Papel moderador de Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, y de Mr. de Barral, arzobispo de Tours. — Torpeza y orgullo del cardenal de Fesch. — Se somete á una comisión la cuestión principal sobre la institución canónica. — Divergencia de pareceres en el seno de esta comisión. — A pesar de los esfuerzos de Mr. Duvoisin, se declara la mayoría de sus individuos contra la competencia del concilio. — Irritado Napoleón quiere disolverlo. — Se le exhorta á que espere el resultado definitivo. — Mr. Duvoisin compromete á la comisión á que tome por base las proposiciones admitidas por el papa en Savona. — Se adopta este dictamen al pronto, mas no se aprueba definitivamente, sin remitirse de nuevo al papa, suponiendo la incompetencia del concilio. — Este dictamen, presentado por el obispo de Tournay, excita una escena tempestuosa en el concilio y manifestaciones casi facciosas. — Napoleón disuelve el concilio y envía á Vincennes á los obispos de Gante, de Tournay y de Troyes. — Espantados los prelados se prestan á transacciones. — Se recogen los dictámenes individualmente, y asegurada una mayoría, se vuelve á juntar el concilio el 5 de agosto. — Esta asamblea da un decreto casi conforme al que se deseaba de ella, pero con un recurso al papa que no envuelve á pesar de todo la idea de la incompetencia del concilio. — Nueva diputación de algunos cardenales y prelados á Savona con el fin de obtener la adhesión del papa á los actos del concilio. — Cansado Napoleón de esta disputa religiosa, ya no propende más que á desembarazarse de los prelados reunidos en París y á aprovechar lo coyuntura de la diputación enviada á Savona, para alcanzar la institución de los veintisiete prelados electos y no instituidos. — Fija de continuo la mente en la próxima guerra del Norte, se lisonjea de que, victorioso una vez más, todo el mundo cederá á su ascen-

diente. - Nuevas explicaciones con Rusia. - Conversación de Napoleón con el príncipe Kourakín en la noche del 15 de agosto. - Esta conversación deja pocas esperanzas de paz é incita á Napoleon á continuar con mayor actividad aún sus aprestos. - Marcha de los cuartos y sextos batallones. - Destino de los sesenta mil refractarios á quienes se ha obligado á reunirse de nuevo. - Modo de sujetarles al servicio militar. - Formación de cuatro ejércitos para la guerra de Rusia y preparación de una reserva para España. - Viaje de Napoleón á Holanda y á las provincias del Rin. - Plan de defensa de Holanda. - La presencia de Napoleón sirve de pretexto para juntar la caballería de línea y encaminarla hacia el Elba. - Creación de los lanceros. - Inspección de las tropas destinadas á la guerra de Rusia. - Permanencia en Wessel, en Colonia y en las ciudades del Rin. - Asuntos diversos en que se ocupa Napoleón durante su viaje. - Arreglo con Prusia. - Es llamado de Estokolmo el ministro de Francia. - Continuación y término aparente de la disputa religiosa. - Aceptación por Pío VII del decreto del concilio con razones que no convienen á Napoleón. - Éste acepta la parte dispositiva sin el considerando, y envía á sus diócesis á los prelados que habían compuesto el concilio. - Su regreso á París en noviembre y su aplicación á despachar todos los asuntos interiores, á fin de no dejar nada atrasado al partir para Rusia.

En medio de los diferentes y complicados sucesos que acaban de ser referidos, Napoleón había visto realizado su principal anhelo, obteniendo de la Providencia un heredero directo de su raza, un hijo que Francia deseaba, y que por su parte no había cesado él de esperar con entera confianza en la fortuna.

A las nueve de la noche del 19 de marzo de 1811 la emperatriz María Luisa, después de un embarazo feliz, había sentido los primeros dolores de parto, acudiendo al punto el hábil comadrón Mr. Dubois, seguido del gran médico de aquella época Mr. Corvisart. Aunque la joven emperatriz era de constitución perfecta, no se había anunciado el parto con circunstancias favorables del todo, lo cual hizo que Mr. Dubois no pudiera desechar cierta zozobra, pensando en la responsabilidad que sobre él pesaba. Conociendo Napoleón con su previsión habitual que la turbación del facultativo podría ser peligrosa á la madre y al hijo, esforzose por aligerarle el peso de aquella responsabilidad. «Figuraos, le dijo, que parteáis á una tendera de la calle de San Dionisio, es cuanto podéis hacer, y en todo caso salvad primeramente á la madre.»

A Mr. Corvisart le encargó mucho no apartarse de Mr. Dubois, y personalmente no cesó de prodigar á la joven emperatriz los más tiernos cuidados y de ayudarla con palabras afectuosas á sobrellevar sus sufrimientos. Al cabo en la mañana del 20 de marzo vino al mundo, sin ninguno de los accidentes que se habían temido, aquella criatura á quien estaban prometidos destinos tan altos, y que después no ha hallado en su camino más que el destierro y en la flor de su edad la muerte. Napoleón recibióle en sus brazos con júbilo, con ternura, y al saber que era varón, experimentó un sentimiento de orgullo que brilló en su rostro, como si la Providencia le hubiera dado en circunstancia tan importante una nueva y señaladísima muestra de su patrocinio. Presentó el recién nacido á su familia, á su corte, y después le entregó á madama de Montesquiou, nombrada aya de los hijos de Francia.

Inmediatamente el cañón sito en los Inválidos empezó á anunciar á la capital el nacimiento del heredero destinado á reinar sobre la mayor parte de Europa. De antemano se había dicho que si el recién nacido era varón, no se dispararían sólo veintiún cañonazos, sino que seguidamente resonarían por los aires ciento y uno.

Salida de las casas la población y desparramada por las calles, contaba los estampidos del cañón con ansiedad, y al pasar de los veintiuno experimentó casi tanto alborozo como en los más bellos días del reinado, y á pesar de muchas causas de tristeza, unas ya conocidas y otras que van á serlo, felicitóse de ver tal prenda

de perpetuidad dada por la Providencia á la dinastía de Napoleón. Sin embargo, no era la efusión aquella de alegría y de entusiasmo de los primeros tiempos, cuando no se veía en Napoleón más que al salvador de la sociedad, al restaurador de los altares y al autor de la grandeza nacional, al guerrero invencible y prudente, que no peleaba sino para obtener una paz universal, gloriosa y duradera.

Temores sombríos, inspirados por este genio inmoderado, habían resfriado el afecto, perturbado la quietud y alarmado la previsión: con todo hubo otra vez alegría y se cobró nueva confianza en el destino del grande hombre, á quien el cielo parecía favorecer tan visiblemente.

A tenor del decreto que había clasificado á Roma como segunda ciudad del imperio, y á imitación de los antiguos usos germánicos, según los cuales el príncipe destinado á suceder en el trono se denominaba rey de romanos antes de recibir el título de emperador, ahora el príncipe recién nacido fué llamado rey de Roma, y su bautizo, que se había de celebrar con tanta pompa como la consagración, se aplazó para el mes de junio. Por de pronto no se hizo más que la ceremonia cristiana del agua de socorro, y todo se redujo á participar el fausto suceso á los diversos cuerpos del Estado, á los departamentos y á todas las cortes de Europa.

¡Singular irrisión de la fortuna! ¡Aquel heredero tan deseado, tan festejado, destinado á perpetuar el imperio, venía al mundo cuando este imperio gigantesco, minado por todas partes sordamente, se acercaba aceleradamente al término de su duración!

A la verdad pocos espíritus sabían descubrir las causas tan ocultas de su próxima ruina: de las masas se habían apoderado secretas zozobras, y el sentimiento de la seguridad había desaparecido de ellas, bien que el de la sumisión subsistiera en todo su auge. Divulgándose había generalmente y causado universal inquietud el rumor de una vasta guerra en el Norte, guerra que todos temían instintivamente, y más no estando concluida aún la de España. Por causa de esta nueva guerra se ejecutaba con extremado rigor la conscripción ó quinta, además una violenta crisis trabajaba á la sazón al comercio y la industria, y por remate se envenenaba al parecer la disputa religiosa y hacía temer un nuevo cisma. Tales eran los motivos diversos que concurrían á perturbar harto gravemente el júbilo inspirado por el nacimiento del rey de Roma.

Súbito Napoleón había pasado de un armamento de precaución á un armamento de urgencia contra Rusia, como si la guerra hubiera debido estallar durante el verano ó el otoño del presente año de 1811. Con efecto,

Rusia, que se había limitado hasta ahora á algunos trabajos á orillas del Dnieper, á algunos movimientos de tropas de Finlandia á Lituania, de imposible ocultación sin duda, pero fáciles de explicar de una manera especiosa, al ver por todas partes el desarrollo cada vez más vasto y más rápido de los armamentos de Napoleón, se había resuelto al cabo á tomar la providencia más grave, la más penosa para ella, la más significativa á los ojos de Europa, la de debilitar sus ejércitos del Danubio, lo cual debía poner en cuestión la conquista tan ardientemente deseada de las provincias de Valaquia y Moldavia.

De las nueve divisiones que operaban en Turquía, hizo retroceder á cinco, tres de ellas hasta el Pruth y dos hasta el Dnieper. Transmitida la noticia de este movimiento retrógrado por nuestros agentes diplomáticos acreditados en las provincias danubianas, produjo en el ánimo de Napoleón la impresión más viva. En lugar de limitarse á ver en hecho semejante el miedo que infundía su persona, tuvo miedo él mismo, y creyó descubrir en esta conducta de Rusia la prueba de intenciones, no defensivas, sino agresivas. Se equivocaba del todo; pero habituado á los odios de Europa, á las perfidias que estos odios engendraban á menudo, supuso un pacto secreto de Rusia con sus enemigos declarados ó encubiertos, especialmente con los ingleses, y creyó que no sería ir muy de prisa el aprestarse á la guerra para el mes de julio ó de agosto del presente año. Así en vez de remediar el mal suspendiendo sus armamentos, sin perjuicio de volver á impulsarlos, si no obtenía una explicación satisfactoria, agravólo multiplicando y acelerando sus preparativos de manera de no poder ya ocultarlos sin explicarlos.

Ya había resuelto enviar hacia el Elba los cuartos batallones, pues según llevamos dicho, los regimientos del mariscal Davout no contaban más que tres batallones sobre las armas; y se decidió á hacerlos partir inmediatamente y á formar un sexto batallón en estos regimientos, quedando de depósito el quinto, lo cual debía permitir suministrarles cinco batallones de guerra. De tal modo se había aplicado el mariscal Davout, desde que residía en el Norte, á proporcionar á sus tropas una instrucción teórica igual á su instrucción práctica, que era fácil hallar entre ellas los cuadros de un sexto y hasta de un séptimo batallón por regimiento en sargentos que sabían leer y escribir y se habían batido en la Europa toda.

Para acelerar la organización de estos sextos batallones, dispuso Napoleón que desde las orillas del Elba salieran los cuadros al encuentro de los reclutas partidos desde las orillas del Rin: además envió uniformes, zapatos y armas á Wesel, Colonia y Maguncia, para que al paso se pudieran proveer los soldados de todo su equipo. Así esperaba elevar el cuerpo del mariscal Davout á cinco divisiones francesas, sin contar una sexta división que debía ser polaca y formarse de las tropas de Dantzick, que iban á recibir aumento. Mandó hacer compras de caballos, particularmente en Alemania; queriendo más agotar esta comarca que la Francia, sacó de sus cantones á los cazadores, á los coraceros y á los húsares, destinados á la guerra de Rusia, y encargó á los coroneles que se dispusieran á recibir caballos y hombres á fin de poner sus regimientos en pie de gue-

rra. No creyendo que le alcanzara el tiempo para elevar á cinco ni siquiera á cuatro batallones el cuerpo del Rin, compuesto, según se ha dicho, de las antiguas divisiones que habían servido á las órdenes de Lannes y Massena y se hallaban desparramadas en Holanda y en Bélgica, hizo que en su seno se formaran batallones escogidos, donde ingresaran los mejores soldados de cada regimiento. La misma orden expidió respecto del ejército de Italia, y prescribió la reunión y el equipo en pie de guerra de todos los cuerpos de la vieja y la joven guardia que no se hallaban en España; escribió



El rey de Roma

á todos los príncipes de la Confederación Germánica pidiéndoles sus contingentes, y se puso en actitud de elevar para el mes de julio ó de agosto á setenta mil hombres de infantería el cuerpo del Elba, á cuarenta y cinco mil el del Rin, á cuarenta mil el de Italia, á más de doce mil la guardia imperial (total ciento sesenta y siete mil infantes excelentes), á diez y siete ó diez y ocho mil los húsares y cazadores, á quince mil los coraceros, á seis mil las tropas de á caballo de la guardia (total treinta y nueve á cuarenta mil hombres de la más hermosa caballería), y por último, á veinticuatro mil los soldados de artillería, capaces de servir ochocientas bocas de fuego, sin contar cien mil polacos, sajones, bávaros, wurtembergueses, badenses, westfalianos, todos los cuales sumaban más de trescientos mil hombres perfectamente preparados á entrar en campaña dentro de dos meses.

Napoleón llamó de España al mariscal Ney, á quien quería confiar el mando de parte de las tropas reunidas junto al Rin, destinando el resto al mariscal Oudinot,

que se encontraba ya en Holanda. De España llamó también al general Montbrún, que por su conducta en Fuentes de Oñoro y en otra porción de ocasiones, figuraba como uno de los primeros oficiales de caballería de aquel tiempo.

Recelando una súbita invasión del ducado de Varsovia por los rusos, dió Napoleón al rey de Sajonia y al príncipe de Poniatowski, lugarteniente de éste en Polonia, la instrucción de trasladar toda la artillería, todas las municiones, todos los objetos de equipo, de las plazas abiertas ó débilmente defendidas á las fortalezas del Vístula, tales como Modlín, Thorn, Dantzick, con cuyo motivo citaba al uno y al otro el ejemplo de Baviera, donde siempre habían entrado los austriacos antes que los franceses, pero de donde se habían visto obligados á salir casi al punto, sin haber podido tomar ninguna parte del material de guerra. Al rey de Sajonia le recomendó que tuviera todas las tropas sajonas listas para estar en disposición de llevarlas rápidamente junto al Elba al lado de las del príncipe de Poniatowski. Unas y otras debían estar á las órdenes del mariscal Davout, á quien se le tenía avisado que al primer peligro corriera hacia el Vístula con ciento cincuenta mil hombres, situando cien mil franceses de Dantzick á Thorn y cincuenta mil polacos y sajones de Thorn á Varsovia. Con tales precauciones había manera de responder á todo acto ofensivo de Rusia y hasta de prevenirlo.

Para llenar sus cuadros se había visto obligado Napoleón á apresurar el sorteo de la quinta de 1811, decretada ya desde el mes de enero. Mas no se limitó á esta providencia, y antes bien quiso recuperar lo atrasado de las quintas anteriores, consistente lo menos en setenta mil refractarios, que jamás se habían presentado. Aún la quinta no se había ingerido en nuestras costumbres, como ha penetrado posteriormente, y el rigor con que se ejecutaba entonces la triste suerte de los hombres llamados al servicio, que antes de la edad viril iban á perecer á España y más á menudo por la miseria que por el fuego, no eran á propósito para predisponer á la población á someterse á ella. En ciertas provincias y particularmente en las del Oeste, del centro y del Mediodía, donde no faltaba bravura, pero donde la sumisión á la autoridad central se hallaba menos asentada, se oponía resistencia á la quinta, habiendo en todas las épocas masas de refractarios, que rehusaban acudir al llamamiento de la ley ó desertaban después de haber acudido. Amparados por la población en todas partes corrían bosques y montañas, y algunas veces hasta hacían guerra á los gendarmes. Lejos de ser cobardes é impotentes estos hombres, formaban la parte más briosa, más atrevida, más aventurera de la población, y por causa de su misma energía ofrecía más dificultades plegarlos al yugo de las nuevas leyes. Era la misma clase de hombres que en la Vendée había suministrado soldados á la insurrección realista. Más fuertes por carácter, lo eran por la edad de igual modo, hallándose la mayor parte de ellos en estado de insubordinación ya hacía muchos años.

Por amnistías, por persecuciones y por batidas de los gendarmes, de ochenta mil se habían recuperado como veinte mil de estos hombres, pero cuando menos quedaban sesenta mil en las diversas provincias de Francia,

é importaba hacerlos ingresar en las filas, tanto por su calidad como por quitarles la posibilidad de formar en lo interior una nueva chuanería, pues casi todos pertenecían á los departamentos que conservaban un viejo fomes de realismo.

Napoleón que no economizaba los recursos cuando le convenía el logro de un objeto, formó diez ó doce columnas volantes, compuestas de caballería é infantería ligera y escogidas entre las tropas más veteranas, púsolas á las órdenes de generales muy seguros, agregó pelotones de gendarmes para servir de guías y las hizo emprender la persecución más activa contra los refractarios. Estas columnas estaban autorizadas para tratar militarmente á las provincias que iban á recorrer y á poner soldados de guarnición en las casas de las familias cuyos hijos no habían acudido al llamamiento. Alojados, mantenidos y pagados habían de ser los soldados estos por los padres de los refractarios hasta que se hubiesen sometido. De aquí les vino el nombre, muy espantoso por aquel tiempo, de *garnisarios*. Si se considera que por los elementos de que se componían estas columnas se inclinaba á mirar la resistencia al servicio militar como un delito vergonzoso, que hacía pesar exclusivamente sobre los veteranos las cargas de la guerra, si se considera que en los países extranjeros habían contraído el hábito de vivir como tropas conquistadoras, se concebirá fácilmente que debían cometer muchos excesos, aun cuando estuviesen en su patria, y que cayendo sus correrías sobre el disgusto que excitaba el sorteo de 1811, había de llegar en varias provincias hasta la desesperación la pena que originaba la quinta.

A los prefectos, cuyo encargo era dirigir el espíritu de las poblaciones en sentido favorable al gobierno, alarmó bastante esta medida, y los hubo que se dolieran de plantearla: sin embargo, algunos, queriendo elevar á la altura de la dificultad su celo, exageraron aún más en la ejecución las órdenes de la autoridad suprema, y alentaron, en vez de contener, á las columnas ocupadas en dar caza á los refractarios. Otros tuvieron la idea honrosa de hacer oír sus ruegos en favor de los pobres padres á quienes se arruinaba, y entre ellos, Mr. Lezay-Marnesia, tuvo en el Bajo Rhin el valor de resistir con todas sus fuerzas al general encargado de dirigir las columnas en su departamento, y de escribir al ministro de Policía cartas muy vehementes para que el mismo Napoleón las viera. Pero la mayor parte de estos altos funcionarios, deplorándolas secretamente, y contentándose por única virtud con no añadir nada á los rigores prescritos, ejecutaron las órdenes recibidas por no dimitir sus empleos.

Si la población de los campos tenía sus penas, también poco la de las ciudades carecía de las suyas. Causábalas una crisis mercantil é industrial de las más graves. Ya hemos referido las providencias tan ingeniosas como violentas imaginadas por Napoleón para estorbar al comercio inglés el acceso del continente, ó para abrirsele á un precio ruinoso, del cual el tesoro imperial sacara el provecho. Semejantes providencias habían originado, si no todo el efecto que Napoleón se prometía, al menos todo el que razonablemente se podía esperar de ellas, con especialidad cuando para lograrlo era menester contrariar los intereses, los gustos, las inclinaciones,

no sólo de un pueblo, sino casi de todo el mundo. Salvo algunas introducciones clandestinas hechas por los suecos, que transportaban fraudulentamente las mercancías coloniales desde Gothemburgo hasta Stralsund; salvo algunas otras introducciones permitidas en la vieja Prusia, tanto por descuido como por malevolencia; salvo algunas otras verificadas en Rusia bajo el pabellón americano, unas y otras condenadas á bajar del Norte al Mediodía por entre mil peligros de ser aprehendidas, recargándose con enormes gastos de transporte y pagando tarifas ruinosas; salvo, repetimos, estas raras excepciones, ninguna cantidad de azúcar, de café, de algodón, de añil, de palo de tinte, de mercancías exóticas en suma, podía salir de Inglaterra y disminuir la desastrosa acumulación que se había operado en Londres. Esta situación, que ya hemos expuesto, no había hecho más que agravarse. Superando como siempre el objeto ofrecido á sus ávidos deseos, los fabricantes de Manchester, de Birmingham y de todas las ciudades manufactureras de Inglaterra habían producido tres ó cuatro veces más mercancías que las que hubieran podido consumir las colonias de todas las naciones. Obligados se habían visto los bajeles expedidos de Liverpool á volver á Europa con parte de sus cargamentos, y los muy escasos que habían conseguido despacharlos recibieron en trueque géneros coloniales, que se quedaban por vender en los almacenes de Londres, y se envilecían hasta el punto de que, según ya hemos dicho, en gastos de custodia y de almacenaje costaban más de lo que valían. Sin embargo, sobre esta fianza descontaba el Banco el papel de los fabricantes, y les daba su valor en billetes, cuyo aumento creciente amenazaba con una catástrofe á todas horas. A tanto llegaron los ahogos en 1811 que, temeroso el parlamento británico de una general bancarrota, hubo de votar seis millones de libras esterlinas (150 millones de francos) para distribuirlos por vía de socorro y á título de préstamo entre los fabricantes y comerciantes más apurados. Semejante situación, mantenida algún tiempo más, debía venir á parar inevitablemente en una catástrofe rentística y comercial ó en un deseo de paz irresistible para el gobierno.

Pero no hay combate en este mundo, cualesquiera que sean las armas de que se haga uso, en que se pueda causar daño sin recibirlo. Napoleón no había podido lograr que refluieran en Inglaterra tantos productos agradables ó útiles ó necesarios á los pueblos del continente, sin originar muchas perturbaciones, y acababa de provocar en Francia y en los países vecinos una crisis mercantil é industrial tan violenta, aunque menos durable por fortuna, que la que affigia á Inglaterra.

Véase aquí de qué modo sobrevino esta crisis. Habiendo reemplazado en gran parte los tejidos de algodón á los de cáñamo y de lino, y más desde que por medios mecánicos se había llegado á producirlos, ya constituían la más vasta industria de Europa. Como los fabricantes franceses tenían que surtir á la antigua y la nueva Francia y á casi todo el continente, habían esperado inmensas salidas y proporcionado sus empresas á esas salidas imaginadas. Sin medida habían especulado sobre el surtido exclusivo del continente, como los ingleses sobre el de sus colonias, las francesas, las holandesas y las españolas. Tanto en Alsacia como

en Flandes y en Normandía los talleres de hilados, tejido y estampado del algodón se habían multiplicado con una rapidez increíble. Siendo considerable el provecho, á éste se habían proporcionado las empresas y aun lo habían superado infinitamente. No era sólo la industria algodonera bajo todas sus formas la que había tomado vuelo semejante; la de paños, contando con la exclusión de los paños ingleses, con la posesión exclusiva de las lanas españolas, había olvidado de igual modo toda reserva en la extensión dada á su fabricación. También se había desarrollado mucho la industria de los muebles, pues hechos á la sazón en Francia según los modelos antiguos, eran objeto de predilección general, y más por la circunstancia de hallarse las maderas exóticas entre los géneros coloniales admitidos en virtud de licencias, y de poderlos producir de esta suerte con bastante baratura.

Con admitirse en consecuencia de las licencias mismas los cueros, se habían fomentado á la par todas las industrias á que da vida esta materia. Muy elegante la quincallería de Francia, aunque inferior entonces á la de Inglaterra, bajo el aspecto de los aceros, se había aprovechado como las demás industrias de la exclusión de los ingleses. Notables beneficios habían estimulado y multiplicado estos desproporcionados ensayos.

No sólo se había dirigido el ardor del momento hacia la fabricación de los diversos productos, sino también hacia la introducción de las primeras materias que servían para crearlos.

Se corría á todos los mercados, donde se sabía que se habían de vender azúcares, cafés, algodones, añiles, maderas, cueros; se compraban á porfía las más pequeñas porciones introducidas en el continente y se especulaba con furor sobre ellas. De los fondos públicos no se hacía caso, porque eran poco abundantes, y su valor no variaba apenas desde que Napoleón mantenía la renta del 5 por 100 á 80 francos de resultados de la intervención secreta del tesoro extraordinario. Las acciones del Banco, único efecto público que figuraba al lado de las rentas sobre el Estado, oscilaban entre 1.225 y 1.275, para una renta de 50 á 60 francos, y jamás subían ni bajaban de estos términos extremos. Nada había aquí propio á tentar á los especuladores, porque necesitado grandes eventualidades de ganancia aun á costa de grandes eventualidades de pérdida, se habían lanzado sobre los géneros coloniales, que presentaban estas condiciones en el más alto grado. Se especulaba, pues, con pasión sobre el café, el azúcar, el añil, el algodón; se corría á Amberes, á Maguncia, á Francfort, á Milán, donde el gobierno hacía vender las mercancías llegadas en los carros de artillería que habían conducido bombas y balas á orillas del Elba, trayendo azúcar y café al retorno. Hasta las maderas, por saberse que Napoleón las necesitaba indispensablemente para los numerosos navíos que se construían de su orden en todos los arsenales de Francia, vinieron á ser objeto de un agiotaje desenfrenado, y sobre la base movidiza y peligrosa de estas especulaciones se creaban brillantes edificios de fortuna, apareciendo y desapareciendo alternativamente á los ojos de un público sorprendido, atónito y celoso.

En tan grandé empuje la prudencia había sido naturalmente la virtud menos observada, especulándose no sólo más allá de las necesidades por satisfacer, sino